

## Historia de la cultura material<sup>1</sup>

Jean-Marie Pesez<sup>2</sup>

En 1919 –o sea, en plena guerra civil–, Lenin firmó el decreto que instituía la Academia de Historia de la Cultura Material en la URSS. En este acontecimiento se inscribe lo esencial de los hechos y connotaciones respecto a la noción de cultura material: su surgimiento tardío, su evidente choque con el materialismo histórico y la importancia que le concedieron los marxistas, su aparición en un país socialista y sus relaciones privilegiadas con la historia. Si se añade que la nueva Academia retomó las atribuciones de la Comisión Arqueológica del régimen zarista, designado así al método arqueológico como la mejor vía de acceso a la historia de la cultura material, se acaban de dibujar tanto los contornos de la noción como de la búsqueda que se reclama en ella.

1. Trabajo publicado en *La Nouvelle Histoire*. Bajo la dirección de Jacques Le Goff, París, Éditions Complexe, 1988, pp. 191-227. Traducido por María del Pilar Díaz Castañón y reproducido en Luis M. de las Traviesas Moreno y Gladys Alonso González (Editores). *La Historia y el oficio de historiador: Colectivo de autores franceses y cubanos*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1996, pp. 191-224.
2. Arqueólogo e historiador de la civilización rural, la cultura y el material pre medieval. Catedrático de Historia, fue director de estudios en la EHESS y director adjunto del Centro de Historia y de Arqueología Medieval de Lyon II. Presidió el Consejo Nacional de investigaciones arqueológicas de Francia por muchos años.



El acta de nacimiento que constituye el decreto de Lenin lleva una fecha relativamente tardía. No hay que asombrarse: se explica por la necesidad de una larga maduración epistemológica en el seno de esa extraordinaria renovación del pensamiento científico que caracteriza la segunda mitad del siglo XIX. Sin duda, ninguna de las nuevas ideas es ajena a este surgimiento, y menos que cualquier otra el positivismo y el cientificismo que impregnaban entonces las novedosas corrientes del pensamiento. Pero se necesitó sobre todo que estallara un yugo demasiado estrecho: el de las bellas letras, en el cual el humanismo había encerrado el estudio del hombre; fue necesario que se pusiera en su lugar las ciencias humanas, la *sociología* y muy pronto la etnología, sin olvidar esa historia natural del hombre que propone Darwin. La obra decisiva de Darwin, *On the Origin of Species*, es de 1859; en esta fecha, ya Comte ha propuesto el término “sociología”, y *La sociedad antigua* de Morgan aparece en 1877.

El auge de las ciencias humanas a fines del siglo XIX no se concibe fuera de la corriente evolucionista. A la misma corriente pertenece una nueva arqueología cuyo desarrollo tiene mucho que ver con la toma de conciencia respecto a la cultura material. Se trata de una *arqueología* que considera desde el inicio los aspectos materiales de las civilizaciones y funda sobre ellos la definición, incluso, de las culturas de su evolución: la arqueología prehistórica. *El hombre antediluviano* de Boucher de Perthes es de 1860.

En fin, para que la cultura material se desprendiera de la noción de *cultura* o de civilización, fue necesario que se diseñase un *modelo* de evolución de las sociedades humanas que no recurriese más que a las infraestructuras; que se propusiera una teoría de la historia apoyada en un análisis



materialista y que en sus esquemas hiciese intervenir hechos concretos y mensurables: el materialismo histórico. El primer volumen de *El capital* aparece en 1867.

*El capital* no usa el término de “cultura material”. Pero resulta fácil hallar en la obra de Marx una invitación a construir una historia de las condiciones materiales de la evolución de las sociedades. Marx desea una historia crítica de la tecnología, porque no separa el estudio de los medios de trabajo del hombre en el proceso de producción del estudio de la producción misma. Y las relaciones que el hombre sostiene con la naturaleza pertenecen tanto al análisis marxista como a las relaciones de los hombres entre sí. Así, los historiadores marxistas debían necesariamente tropezar con la cultura material y destacarla en sus investigaciones, para verificar el análisis marxista al aplicarlo a diversas situaciones del pasado. Que haya escapado en parte a los marxistas, o al menos que haya desbordado ampliamente a la historiografía marxista, no quita nada a la deuda contraída respecto al materialismo histórico.

De esta herencia proviene también que la cultura material esté aún unida estrechamente a la historia. Si la nueva noción debe algo a todas las ciencias humanas, en el seno de la historia –y aquí, no puede separarse de la arqueología– encontró su terreno de elección. Todo ocurre como si sólo allí fuese un instrumento conceptual útil y eficiente. Hay motivos para sombrarse, pues no debía parecer menos útil en etnología. Por otra parte, resultaría excesivo afirmar que la etnología la ignora. El terreno que le pertenece ha sido ampliamente abordado por la antropología cultural anglosajona, y el término mismo ha hecho su aparición en etnología, por ejemplo, en el Centro de Etnología Francesa.



Tampoco pueden ignorarse las búsquedas tecnológicas de André Leroi-Gourhan, cuya obra aparece como capital en la construcción de una historia de la cultura material. Pero es significativo, sin duda, que André Leroi-Gourhan sea un etnólogo prehistórico. Y resulta que la etnología, en Francia sobre todo, desde Marcel Gausss y aún más bajo la influencia del estructuralismo, se comprometió en el estudio de los fenómenos superestructurales y privilegió los simbolismos y las representaciones mentales, la magia, el don, los *mitos* y el parentesco. La cultura material queda relegada al nivel de los trabajos preparatorios –puramente analíticos y descriptivos– de la etnografía. Apenas participa de las síntesis de la etnología. Ocurre por otra parte que, salvo excepciones, tampoco entra en las síntesis del historiador, pues aquél no está habituado (¿aún?) a separar la elaboración de sus tesis del análisis de los materiales que concurren a ella, ni a disociar los esquemas explicativos de las realidades vividas en que se expresa la cultura material.

### **La cultura material está unida a la historia de la arqueología**

No obstante, el nuevo terreno es de los arqueólogos, aún más que de los historiadores. Como testigo de ello están los Institutos de Historia de la Cultura Material de la URSS y de Polonia, donde, sin estar solos, los arqueólogos son los más numerosos y quienes conducen la investigación. En los comienzos, el vehículo resultaba evidente, como se ha visto con el decreto de Lenin. En Occidente, si los historiadores contribuyen a construir la nueva disciplina practicándola, el debate al que ella da lugar está dominado por los arqueólogos, como es el caso de Italia con Andrea Carandini, Diego Moreno y





Máximo Quaini.<sup>3</sup> Y el primer editorial de la revista *Archeologia Medievale* hacía de la cultura material el tema mayor, llamado a reunir los trabajos de los arqueólogos medievalistas.

En Francia, si aún no hay cátedras universitarias dedicadas a la historia de la cultura material, las primeras direcciones de estudios que reclamaron ese título en la *Escuela Práctica de Altos Estudios* fueron las de los arqueólogos. Su actividad en el nuevo campo de investigación se explica sin dificultad por las fuentes que emplean: aquellas gracias a las cuales los arqueólogos abordan las sociedades del pasado constituyen fuentes materiales de las civilizaciones dominan naturalmente. De todos modos, debe recordarse que por largo tiempo la arqueología ha buscado en el esencial en los vestigios concretos las manifestaciones de representaciones mentales bajo sus aspectos religiosos y artísticos. Luego, la arqueología no llegó de un golpe a la cultura material: fue necesario el ejemplo de la *prehistoria* y el impacto de la renovación de las ciencias humanas.

### ¿Qué es la cultura material?

Si se trata de definir la cultura material, se mirará entonces hacia quienes hacen mayor uso de la noción y la expresión: los historiadores y los arqueólogos. Se percibirá, pues, que ellos no dan ninguna definición,<sup>4</sup> o, al menos, ninguna definición nominal que dé cuenta de manera breve y adecuada del significado de la expresión. Se limitan a utilizar la noción como si los términos por los cuales se la designa bastasen a definirla sin ninguna

3. A. Carandini. *Archeologia e cultura materiale. Lavori senza gloria nell'antichità classica*. Bari, De Donato, 1975; D. Moreno y M. Quaini. "Per una storia della cultura materiale". En *Quaderni Storici*, 31, 1976.
4. R. Bucaille y J.-M. Pesez. "Cultura materiale". En *Enciclopedia Einaudi*.



otra explicación. Naturalmente, los debates realizados en Polonia o en Italia en torno a la cultura material, muestran un esfuerzo de definición; mas, parece que en total conducen sobre todo a circunscribir el campo de la investigación y a precisar el proyecto propuesto para el estudio de la vida material.

Sin embargo, no es seguro que la idea de cultura material se comprenda por sí misma: se le ha reprochado, entre los arqueólogos, por realizar un corte arbitrario en la totalidad de una civilización. Pero ése constituye un mal procedimiento: nadie sueña con negar el contenido sociocultural. Se trata simplemente de aguzar un instrumento intelectual; delimitar los campos separados para aprehender mejor lo real es una búsqueda constante del espíritu. La noción de cultura material no posee valor por sí misma: sólo lo tiene si se revela útil.

### ¿Cultura o civilización material?

Sin querer proponer una definición que se pretendiese decisiva y universal, puede observarse lo que supone la materialidad asociada a la cultura. La cultura material tiene una evidente relación con las restricciones materiales que pesan sobre la vida del hombre, y a las cuales el hombre opone una respuesta que es precisamente la cultura. Pero éste no es todo el contenido de la respuesta en lo concerniente a cultura material. La materialidad implica que, desde el momento en que la cultura se expresa de manera abstracta, ya no se trata de cultura material.

Ésta designa no sólo el campo de las representaciones mentales, del derecho, del pensamiento religioso y filosófico, del lenguaje y de las artes, sino igualmente las *estructuras* socioeconómicas, las relaciones sociales y las relaciones de producción; en suma, la relación del hombre con el hombre.



La cultura material está del lado de las infraestructuras, pero no las recubre: no se expresa más que en lo concreto, en y por los objetos. En resumen, ya que el hombre no puede estar ausente al tratarse de cultura, la relación del hombre con los *objetos* (al ser, por otra parte, el hombre mismo, en su *cuero físico*, un objeto material).

Quizás aún sería necesario evocar una interrogante que no dejará de plantearse: ¿*cultura o civilización* material? Parece que puede discutirse hasta el cansancio sobre los matices que separan los dos términos, respecto a los cuales seguramente no recubran siempre conceptos diferentes. Puede estimarse que *civilización* resulta más globalizante, que la palabra hace referencia a un sistema de valores, que opone los civilizados a los bárbaros y a los primitivos, y, por estas razones, puede preferirse *cultura*, que se emplea más cómodamente en plural y no implica jerarquización.

También puede sostenerse que en francés, en el lenguaje corriente, “cultura” y “material” son un poco antitéticos. Pero es necesario admitir sobre todo que el alemán y el eslavo dicen cultura allí donde el francés diría *civilización*, y que la expresión en cuestión nos viene del Este: cultura material parece consagrada por el uso y el origen de la noción. En fin, antropólogos y estudiosos de la prehistoria emplean con más gusto cultura cuando se pretende designar el conjunto de objetos que caracterizan una sociedad. De hecho, están dadas todas las oportunidades para que se trate de un falso problema, desde que –como bien parece ser el caso– se da el mismo sentido a una y otra expresión y el mismo contenido a *civilización material* y a *cultura material*.<sup>5</sup>

5. M. Serejski. “Les Origines et le sort des mots ‘civilisation’ et ‘culture’ en Pologne”. En *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre, 1962.



## Cultura material e historia

Resultaría injusto y falso escribir que la historia ha querido por largo tiempo ignorar la cultura material. Desde el siglo XIX, ya no vestimos más (o no siempre) a los héroes de Corneille o de Shakespeare a la manera de nuestros contemporáneos. Luego algo ha ocurrido; una toma de conciencia de la cual la historia es evidentemente responsable. Y es una toma de conciencia de cultura material aún más aguda la que nos hace deplorar el abuso del peplo en los filmes hollywoodenses: tenemos la impresión de que no basta un poco de tela para hacer de una estrella americana un contemporáneo de César.

### Un capítulo descuidado de la historia

Pero si la historia no ha ignorado la cultura material, tampoco le ha concedido por largo tiempo más que un interés limitado. Recordemos la *enseñanza* que hemos recibido en la escuela y en el liceo. En los cursos y en nuestros libros, las edades prehistóricas se definían, excepcionalmente, por sus instrumentos de trabajo: de piedra, y luego de bronce y de hierro. Tras lo cual los imperios y los reinos proveían los títulos de los capítulos. No obstante, en nuestros manuales encontrábamos algunas páginas consagradas a la vida cotidiana, en las cuales la cultura material tenía cierto lugar. A ellas les debemos tener alguna noción de las *técnicas* agrarias de los egipcios, del barco de guerra de Salamina o de la toga del ciudadano romano.

Pero esas páginas tenían más lugar en los manuales consagrados a la Antigüedad, lo que sin duda no es casual. Como la Antigüedad trata con un tiempo tan lejano, el historiador la aborda un poco al modo en que el etnógrafo





aborda los pueblos exóticos; por el vestuario, la *alimentación*, las técnicas, así como por las creencias y las costumbres. Ocurre también que, en gran medida, estas civilizaciones antiguas sólo nos son accesibles por la arqueología, y ésta, por su propia naturaleza, informa más de los aspectos materiales de la vida que de los *acontecimientos* o las *mentalidades*.

Fuera de los capítulos consagrados a los tiempos más lejanos, nuestros libros de historia se limitaban a saludar, como de paso, el molino de agua y la collera, el *gobernalle* y la invención de Gutenberg, los esmaltes de Bernard Palissy, el café de madame de Sévigné, la hierba de Nicot y el tubérculo de Parmentier, hasta la máquina de vapor que arrastraba tras de sí todo un tren de progresos técnicos. En conjunto, lo circunstancial de la historia material de los hombres, y de circunstancias en parte legendarias. Según parece, Bernard Palissy dominaba mejor las técnicas de su publicidad personal que las de la cerámica esmaltada. Y se sabe que Parmentier no introdujo la papa en Francia: sólo se aventuró a extraer de ella una harina panificable, en lo que fracasó.

### Un estudio abandonado a los eruditos de provincia

Con un tiempo de retraso, como siempre, la historia enseñada reflejaba la que se construía en las universidades y en los medios eruditos: la historia de Lavissee, de Seignobos, de las colecciones Glotz o Halphen y Sagnac, era la que construía el edificio circunstancial. La cultura material entonces se relegó al nivel de las curiosidades del bazar históricos: se abandonó a los eruditos de provincia y a los aficionados sin ambición.

Sin embargo, transitaba por los pisos inferiores de la ciencia. El arqueólogo medievalista sabe que poco puede esperar de los



manuales y tesis redactados en la primera mitad de este siglo, inclusive de aquellas consagradas a la arqueología medieval –piénsese aquí en Camille Enlart–. Sabe que en las revistas de las sociedades eruditas puede, por el contrario, hallar estudios que no son despreciables: los únicos consagrados a la cerámica medieval figuran en este tipo de publicación.

No obstante, es necesario recordar a algunos sabios de otra envergadura. Pertenecen casi todos a generaciones anteriores a la gran esterilización de la historia por los universitarios y son, en general, buscadores que permanecen muy cerca de las fuentes, frecuentemente artistas; es decir, profesores en la Escuela de mapas: Jules Quicherat, historiador del traje (1875); Léopold Delisle, historiador de la agricultura (1851); Víctor Gay, autor de un precioso glosario arqueológico de la Edad Media, y además Douët d'Arcq, Jules Finot y los Prost. Pero sin duda habría que poner en primer lugar a Michelet, demasiado preocupado por la condición humana para olvidar la vida material, y a Viollet-le-Duc, cuyo *Diccionario del mobiliario francés* ha sido muy despreciado.

### La escuela de los *Annales*

Entre las dos guerras, fuera de la escuela de los *Annales*, no hay que señalar apenas más que raros investigadores originales, como los comandantes Quenedey y Lefebvre des Noettes.<sup>6</sup> Pero todo comenzó a cambiar con la escuela de los *Annales*: ella abrió ampliamente el campo del historiador, y en especial, al hacerlo, entrar en la cultura material. Con Marc Bloch se descubre el paisaje *rural* y, por tanto, las masas campesinas

6. R. Quenedey. *L'Habitation rouennaise, étude d'histoire, de géographie et d'archéologie urbaines*. Rouen, 1926; Lefebvre des Noettes. *L'Attelage et le Cheval de Selle à travers les âges*. Paris, 1931.



que lo han transformado, y se dedica la atención a las técnicas medievales, al molino de agua, al estribo, al arado.<sup>7</sup> Si Lucien Febvre fue, ante todo, un historiador de las mentalidades, estuvo también muy atento a los progresos de todas las ciencias humanas, y su interés por la etnología y la geografía le hizo tomar en cuenta la cultura material. Con *La tierra y la evolución humana* aparece como el iniciador de una historia unida al suelo, al medio, al *entorno* de los hombres, historia magníficamente realizada por la tesis de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*.<sup>8</sup>

Fernand Braudel, a la cabeza de la Sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios, lanzó o suscitó las *investigaciones* entrevistas por Marc Bloch y Lucien Febvre (vida material y comportamientos biológicos; historia de la alimentación; arqueología del pueblo desierto). Ante todo, es el autor de la primera gran síntesis de la historia de la cultura material, *Civilización material y capitalismo*.<sup>9</sup> Y entonces a esta obra le preguntaremos qué es la cultura material y cuál puede ser su historia.

### Las masas silenciosas se sitúan en primer plano

El arqueólogo italiano Andrea Carandini le reprochó a Fernand Braudel no definir la noción que constituye el objeto

7. M. Bloch. *Les Caracteres originaux de l'histoire rurale française*. Oslo y París, 1931; “Avènement et conquête du moulin à eau” y “Les Inventions medievales”. En *Annales d'histoire économique et sociale*, t. VII, 1935.
8. A. Colin. París, 1949.
9. A. Colin. París, 1967. (Publicación retornada en el tomo 1 de *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV<sup>e</sup>-XVIII<sup>e</sup> siècles*, A. Colin, París, 1979).

de su libro, o sólo definirla por metáforas o imágenes literarias. Ciertamente, aunque más de una fórmula salida de la pluma del historiador francés vale una definición, pues da en el clavo con una expresión feliz sin igual. Pero es necesario detenerse primero en el título, que asocia cultura material y capitalismo. Hay que comprender que para el autor el estudio de la cultura material resulta, al menos para el período considerados (siglos XV-XVIII), indisoluble de la del capitalismo. Incluso podría ser que ella dependiera de aquél.

“*La gran obra de Fernand Braudel* –escribió Jacques Le Goff– *no dejó al nuevo terreno invadir el campo de la historia sin subordinarla a un fenómeno propiamente histórico, el capitalismo*”.<sup>10</sup>

De hecho, para Fernand Braudel, la vida material es como el piso inferior de una construcción cuyo piso superior está constituido por lo económico. Aquí hay como una disminución de la historia de la cultura material sobre la cual uno puede interrogarse. Pero debe admitirse que la vida material no ha hecho más que una entrada bien tímida en la historia, en un momento en que la historia *económica* domina, tras haber sacudido el relato circunstancial para tomar su lugar, el primero. La historia de la cultura material todavía está por investigarse; aún no ha sabido forjar sus conceptos, ni desarrollar todas sus implicaciones.

Cierto, Fernand Braudel afirma con su libro la dignidad del estudio de la cultura material, proclama mayoritaria la historia de las masas e invierte los esquemas habituales, colocando, “*por prioridad, al frente del escenario, a las masas mismas*”,

10. F. Furet y J. Le Goff. “Histoire et Ethnologie”. En *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel*. Toulouse Privat, 1973, t. II.





y abriendo de inicio sus páginas a “los *gestos* repetidos, a las historias silenciosas y como olvidadas de los hombres, a las realidades de *larga duración* cuyo peso ha sido inmenso y el ruido apenas perceptible”.

De estas premisas se retendrá que la historia de la cultura material es la del gran número, y que vida material y vida económica están a la vez estrechamente unidas y netamente diferenciadas. Para Fernand Braudel, la vida mayoritaria está hecha de objetos, de instrumentos, de gestos del común de los hombres; sólo esta vida les concierne en la cotidianidad; ella absorbe sus pensamientos y actos. Y, por otra parte, establece las condiciones de la vida económica, “lo posible y lo imposible”.

### Los temas: el pan, la habitación, el vestuario...

El número abre el libro de Fernand Braudel; el número de hombres. “*La vida material son los hombres y las cosas, las cosas y los hombres*”. Y, por tanto, también los hombres, lo que implica la pertenencia de la demografía histórica se desarrolló tan ampliamente que se constituyó en ciencia autónoma. No obstante, se pasaría trabajo para deslindar los dos terrenos: el cuerpo, con las “técnicas del cuerpo”, con las enfermedades y las prácticas médicas, no puede escapar a la cultura material. Por lo menos hay, con la demografía histórica, intercambios constantes: la historia de la cultura material utiliza sus resultados y también los provee.

Con el “pan de cada día” se hace una verdadera conquista de la historia de la cultura material. Sin duda, hace bastante tiempo que las hambrunas retienen la atención del historiador; un poco menos que el *precio* y el comercio de granos nutren los



estudios de los economistas. Mas, para Fernand Braudel, el pan de cada día es otra cosa bien distinta: los regímenes calóricos, la mesa y su disfrute, los menús, lo superfluo y lo ordinario. Y no se trata sólo del pan y del vino, sino del lugar de la carne y el del pescado, de los azares del té y del café, de terreno del vino y el de la cerveza, de las conquistas del alcohol y del tabaco. Y Fernand Braudel deseó, más que una historia del pan y el vino, una historia “de las asociaciones alimentarias al estilo en que los geógrafos hablan de asociaciones vegetales”.

### **Mucho más que la historia de las técnicas**

En *Civilización material y capitalismo*, la habitación y el vestuario ocupan dos veces menos lugar que la alimentación. Aquí las investigaciones han progresado más lentamente, en función de una documentación a menudo anecdótica, con demasiada frecuencia inclinada a lo excepcional. Sin los aportes recientes y aún limitados de la arqueología, no se sabría nada de la habitación del *campesino* medieval, que al miniaturista le repugnaba manifiestamente representar; o se viviría sobre las ideas preconcebidas que querían hacer de ella una cabaña: en el mejor de los casos una “choza”, en el peor, un “antro”. Se hace evidente la importancia de la investigación arqueológica para la cultura material. Pero la habitación y el vestuario se ponen por el autor bajo el signo de lo superfluo y de lo ordinario.

Aquí se retiene la diferencia entre la casa del campesino y la residencia burguesa, cronológica, de la cultura material se añade, entonces, una dimensión social y una espacial. Por último –y más tardíamente de lo que podría esperarse– viene la difusión de las técnicas. Difusión y no invención: todavía



aquí cuenta la cantidad y la duración, no la excepción ni el acontecimiento. Pero, ¿podría pensarse quizá que la historia de la cultura material se confundía con la de las técnicas? Si Fernand Braudel dice: “*Todo es técnica*”, también escribe: “*La técnica nunca está sola*”. La vida material resulta un todo complejo que no se reduce a la técnica, salvo si se extendiese de manera desmesurada el concepto de esta última.

Hay una ausencia en *Civilización material y capitalismo*: la tierra. La tierra que es el gran recurso de los hombres, una vez puestos ellos mismos aparte, y que su trabajo modifica sin cesar. Pero quizá pueda estarse seguro de que Fernand Braudel la ha olvidado involuntariamente: la tierra y el mar constituyen el centro de sus tesis, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. Los países mediterráneos ofrecen quizás el ejemplo más notable de la marca que el hombre puede imprimir al paisaje. Los griegos y los romanos no reconocerían ya esas riberas con pendientes desnudas de las cuales los bosques han desaparecido, ni esos vergeles y jardines donde crecen plantas desconocidas por la Antigüedad y que nos parecen, no obstante, tan mediterráneas: los cítricos, los tomates, los melocotoneros, el nopal...

Puede que Fernand Braudel no haya dado una definición irreprochable de la cultura material. Hizo algo mejor: la hizo surgir de la marcha a tientas de la historia, y frente a la esterilidad de las teorías, la plantó vigorosa y compleja, viva.

## Cultura material e historia económica y social

En la Europa socialista, la noción de cultura material se aclimató desde hace largo tiempo, y de esos países una buena parte de nosotros la recibimos. Sin embargo, la historia



de la cultura material no se aceptó siempre en esos lugares sin suscitar problemas teóricos. En Polonia, la creación del Instituto de Historia de la Cultura Material fue ocasión de un importante debate, cuyos ecos se escuchan a partir de 1953 en los *Kwaetalnik Historii Kultury Materialnej*. Y no cuesta mucho deslindar la dificultad con que tropezó la escuela histórica *marxista*: situar la cultura material en relación con el hecho socioeconómico.

La historia global, a la cual tiende la escuela de los *Annales*, no tendría ninguna razón para plantearse el mismo problema. Los marxistas la designan, no sin desdén, bajo el nombre de historia empírica, y aunque le conceden el mérito de haber puesto en práctica instrumentos metodológicos superiores, le rehúsan todo contenido teórico. Al tratarse de la cultura material, reconocen que la escuela de los *Annales* la sacó de la nada en que la había mantenido la historia política, pero caen en la tentación de reprocharle su sobreestimación. Que la historia no evalúe en demasía la cultura material, tras haberla subestimado, aparece entonces como el objeto del debate.

Se notará, no obstante, que la historia global sólo le concede un lugar no marginal, pero sí subordinado, y subordinado a la historia *económica*: es lo que se lee en la obra de Fernand Braudel. ¿Cuáles pueden ser las razones de tal opción, dentro de una concepción de la historia que se califica de empírica? Quizás el hecho de que la historia de la cultura material todavía tiene que coleccionar sus materiales, y no se presta cómodamente a la teorización. Por el momento, la historia económica y social aparece como la única capaz de estructurar el pasado. Mas, la preeminencia concedida al hecho socioeconómico no se justifica, aun si está implícita, más que por referencia a un





pensamiento para el cual la materia está organizada según una teoría: el materialismo histórico.

Y si los marxistas vacilan acerca del lugar que conceden a la cultura material, es precisamente en función del materialismo histórico. Entre ellos, el debate expresa a la vez atracción y desconfianza respecto al nuevo campo de investigación. Una y otra se explican bastante bien. La cultura material se sitúa manifiestamente del lado de las infraestructuras: el peso de lo material no puede ser indiferente al materialismo histórico, que busca en las infraestructuras los motores de la evolución histórica. Pero dar a la historia de la cultura material un *status* independiente conlleva un riesgo: concederles a los hechos que estudia un peso igual a los del fenómeno social o, lo que resultaría aún más grave, admitir que pudiese haber hechos históricos que no son sociales, y explicar los fenómenos sociales por fenómenos extrasociales.

### **Las condiciones materiales no son causas**

No obstante, a los historiadores marxistas les pareció que podía estudiarse la cultura material sin tener que introducir una mediación entre el hecho social y el hecho histórico, sin por ello producir una explicación fundada, por ejemplo, acerca del desarrollo de la materia y la energía. Consiste en tomar en cuenta las condiciones materiales en las cuales se desarrollan las relaciones sociales, y de ver en ellas los medios de su producción sin concederles un valor causal. Digamos como Fernando Braudel: eso es pesarlo *posible y lo imposible*, pero no designar el *porqué* y el *cómo*.

Para Alesksander Gieysztor, el nuevo campo está constituido por “los medios de producción al mismo tiempo que los medios



de trabajo, los objetos manufacturados, las fuerzas productivas y los productos materiales utilizados por los hombres”. En conjunto, como se ve, todo lo que tiene lugar así prestado de Henri Dunajewski un análisis que posee la ventaja de reducir a cuatro los elementos de la cultura material:

1. los medios de trabajo (el hombre, los instrumentos),
2. el objeto de trabajo (las riquezas materiales, las materias primas),
3. la experiencia del hombre en el proceso de producción (las técnicas),
4. la utilización de productos materiales (el consumo).

El análisis de Jerzy Kulczyski tiene el mérito de ser aún más simple y riguroso, poniendo el acento sobre tres componentes: la naturaleza, el hombre y los productos; mas, por supuesto, en su relación con la producción. Para Kulczyski, el objeto de la historia de la cultura material son:

1. los medios de producción extraídos de la *naturaleza*, así como las condiciones *naturales* de vida y las modificaciones infligidas por el hombre al medio *natural*;
2. las fuerzas productivas; es decir, los instrumentos de trabajo, los medios *humanos* de la producción y el *hombre* mismo, con su experiencia y la organización técnica del *hombre* en el trabajo;
3. los productos materiales obtenidos de esos medios y por esas fuerzas; o sea, los instrumentos de producción y los productos destinados al consumo.

Tales análisis sitúan bien el lugar que debe ocupar la cultura material en la construcción histórica, y subrayan el interés que presenta su estudio para el historiador marxista. Tras ellos,



podría esperarse ver intervenir la cultura material en todo esquema del proceso histórico que se reclamase marxista. Tras ellos, podría esperarse ver intervenir la cultura material en todo esquema del proceso histórico que se reclamase marxista. Se constata que no es así. Salvo bajo el aspecto de algunas técnicas –abordadas, por demás, desde el ángulo económico– y bajo su aspecto *demográfico*, ella no desempeña prácticamente ningún papel en la *Teoría económica del sistema feudal*<sup>11</sup> de Witold Kula (quien ha hecho tanto, sin embargo, por el desarrollo de la historia de la cultura material), ni tampoco en el modelo de producción feudal que propone *La crisis del feudalismo*<sup>12</sup> de Guy Bois.

Ciertamente, no puede negarse que los historiadores marxistas han desbrozado ampliamente el nuevo campo de investigación, pero todo ocurre como si quedase de algún modo un poco exterior a su proyecto. Se sobreentiende que en las relaciones sociales impone buscar la significación de los hechos materiales, y se conviene desde el inicio que el hecho socioeconómico da cuenta de los rasgos de la cultura material y no a la inversa. Desde entonces, este campo carece de atractivos para quien no vea en la historia más que una teoría de la evolución de las sociedades.

### **Cultura material e historia de las técnicas**

Las técnicas, inseparables del trabajo, de la acción del hombre sobre la materia, pertenecen aparentemente al terreno de la cultura material. Sin embargo, parece que pudiese

11. Edición francesa. París-La Haya, Mouton, 1970.

12. París, Ediciones de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, 1976.



discernirse al respecto dos actitudes radicalmente opuestas: una consistente en excluir la historia de las *técnicas* y la otra, en reducir la historia de la cultura material a la de las técnicas. De hecho, ninguna de estas dos proposiciones se ha formulado con claridad por nadie, pero están más o menos implícitas en ciertas tomas de posición.

### **Primera actitud: se rechaza la historia de las técnicas**

La primera actitud, la del rechazo, está bastante bien representada por la desconfianza de algunos historiadores marxistas respecto a la tecnología. Nada hay muy sorprendente en esta desconfianza, que se une a las críticas dirigidas a una historia de la cultura material que se quería autónoma. Sin control, la tecnología corre de manera constante el riesgo de deslizarse y de atribuir a las técnicas un papel determinante, causal en el proceso histórico.

Las sociedades feudales se acompañan de cierta tecnología; la de las armas y aún más la de la caballería pesada, apoyada en el desarrollo del cultivo de la avena y la adopción de la herradura y el estribo. El caballo asegura a la aristocracia militar una superioridad decisiva, al mismo tiempo que implica una educación apropiada, y que desarrolla actitudes psicológicas particulares. Sobre todo, para su mantenimiento y el del caballero, dedicado al ejercicio, al deporte ecuestre, a la caza y al torneo, supone la posesión de grandes bienes, proveedores de amplios excedentes. Entonces, ¿el caballo hace al caballero? Puede ser, pero, ¿el hace el feudalismo? Admitir tal cosa bajo esta forma caricaturesca conduciría sin duda a pasar por alto muchas otras condiciones –en especial, económicas– inherentes al feudalismo. Pero la tentación existe,





y el paso que separa la técnica de lo social ya ha sido franqueado por ciertos historiadores, especializados en la tecnología del pasado.

Pero aun sin tomar partido es posible calmar cómodamente las inquietudes. Digámoslo otra vez: la historia de la cultura material estudia las condiciones, en el seno del “contexto material”; no designa necesariamente las causas. Ni siquiera resulta seguro que sea “posibilista”. Que una revolución económica no sea posible más que cuando las técnicas necesarias están a punto y listas a seguirla resulta bastante evidente. Pero el desarrollo de la técnica no obedece sólo a leyes internas que encadenan el progreso del progreso: responde sobre todo a solicitudes que le son exteriores, que vienen de la economía cuyas necesidades manifiesta.

Hay quizás otra razón en la reacción de rechazo que provoca, a veces, la historia de las técnicas. Podría preguntarse si no hay como una admisión de impotencia, si la tecnología no asusta al historiador por la elevada especialización que reclama. Para un intelectual, no resulta cómodo penetrar en el mundo de los artesanos y de los mecánicos, aun cuando se tratare de la era preindustrial. Los arqueólogos conocen bien esta dificultad, que encuentran incluso cuando se dirigen a un oficio tan simple (en apariencia) como el de alfarero: la unanimidad está lejos de reinar sobre las técnicas que han podido producir tal o cual estilo de un vaso, especialmente su color o el aspecto de la pasta.

Así se han escrito muchas tonterías acerca de los pinceles, los colores y los procedimientos de los artistas magdalcieneses que crearon las obras maestras de la pintura rupestre. Por otra parte, ¿cómo podría el historiador abarcar campos tan variados, como el de la navegación, la forja, la orfebrería?... Vale la



pena plantearse la pregunta. Sería muy fácil y desprovisto de interés limitarnos a burlarnos de nuestra incapacidad. En verdad, el trabajo más encarnizado no permitiría franquear el obstáculo, y la hazaña de André Leroi-Gourhan en *Evolución y técnicas*<sup>13</sup> parece difícil de emular, y así y todo –lo que no disminuye para nada su mérito–, el gran prehistoriador se limitó a las técnicas relativamente elementales de las llamadas civilizaciones tradicionales, y la historia no se detiene en el umbral de la revolución industrial.

Pero la respuesta está bastante clara: lo que sobrepasa las capacidades de uno resulta posible a muchos. Es un asunto de especialización y de trabajo en equipo. Aún haría falta que la historia de las técnicas no fuera, a causa de sus dificultades, abandonada a los técnicos, como la historia de la filosofía lo ha sido a los filósofos, o la historia de la ciencia, a los científicos. Con ello, la historia sólo ganaría no reconocerse en un discurso en el cual se reduciría a una seca cronología.

### **Segunda actitud: la cultura material se reduce a la historia de las técnicas**

La otra actitud consistiría en proclamar, como Fernand Braudel –pero con los matices y los remordimientos conocidos–, que “todo es técnica”. Esto no resulta sostenible, a menos que se extienda de manera desmesura la noción de técnica. Las técnicas no son más que un aspecto del elemento humano en la cultura material: la experiencia del hombre ante el trabajo. Es un componente; no, toda la cultura material. Y es una lástima, pues esto nos priva de un medio cómodo

13. T. I, *L'Homme et la Matière*. 1943 y 1972, t. II; *Milieu et Techniques*. Paris, Albin Michel, 1945 y 1973.



para definir las culturas materiales, caracterizándolas por su nivel técnico. La obra de André Leroi-Gourhan constituiría entonces una guía preciosa, el arquetipo a imitar. Tanto por su título, *Evolución y técnicas (el hombre y la materia; medio y técnicas)*, como por su contenido, en el que todo el campo de la cultura material se halla incluido—hasta el consumo—, esta obra evoca fuertemente la actitud consistente en asimilar el nuevo terreno al de las técnicas, aun si no resulta éste explícitamente el propósito del autor.

Es sin dudas normal que un antropólogo, familiarizado con el desarrollo de los instrumentos de trabajo durante las épocas prehistóricas, sea muy sensible al progreso técnico y que vea en él el signo (¿o el motor?) de la evaluación cultural. Hay que admitir que si la noción de progreso se acepta lo es mucho más en el campo de la técnica. El estudioso de la prehistoria sabe que desde el *Homo sapiens*, el hombre biológico no ha evolucionado de manera sensible, o que su evolución es tan lenta que se escapa a la observación. La capacidad craneana hoy es la que tenía el hombre de Cromagnon. Incluso la longevidad (pero no la esperanza de vida) no deviene más importante en nuestros días, de lo que fue en la edad de piedra. Lo único que ha progresado es el instrumental del hombre, y necesariamente su desarrollo ha conllevado el de la cultura material en su conjunto. Por eso, nos interesa la noción de nivel técnico: si no puede bastar para caracterizar un conjunto más vasto y que desborda ampliamente las técnicas, al menos debe intervenir en la definición de las culturas materiales.

André Leroi-Gourhan supo evidenciar las relaciones que se establecen entre las técnicas: “*Apenas se ha notado que quien posee el cohete tiene también el movimiento circular alternativo, y que quien posee la rueca tiene también el*



*molino y el torno de alfarero*”. Con este tipo de asociación se está sobre la vía de las estructuras, que la historia de la cultura material debería descomponer para introducir una coherencia en los hechos que estudia. Y estas relaciones fundan la definición de los niveles técnicos, más allá de los cuales André Leroi-Gourhan percibe estadios de evolución, estadios caracterizados por el dominio de cierto número de técnicas reveladoras: el primer estadio (el más reciente) estaría vinculado a la industria; el segundo, a la asociación de las tres técnicas mayores –agricultura, ganadería, metalurgia–; el tercero, a la posesión de sólo una de estas técnicas, etc. Claro que los criterios utilizados pueden cuestionarse, pero no puede ignorarse el enorme trabajo de descodificación que representa la obra de André Leroi-Gourhan. Merece mucho más que el silencio que han hecho los historiadores en torno a ella. Sin duda, no estaban preparados para recibirla: los tiempos no estaban maduros para una historia de la cultura material.

### **La cultura material en los libros de historia**

Una síntesis –incluso limitada a algunos siglos, como la que se propone el bello libro de Fernand Braudel– se apoya necesariamente sobre numerosos trabajos de detalle. Supone tanto un desarrollo suficiente de la investigación como su rápido auge, pues se trata de un terreno relativamente nuevo.

### **Una bibliografía dispersa, investigaciones fructíferas**

La bibliografía de la historia de la cultura material cuenta ya con algunos libros que la abordan desde un sector particular. Entre los más sugestivos y recientes se hallan: *La historia del clima desde el año mil, los hombres y la peste, Atlas de plantas alimenticias, la comida en el siglo XIX, La casa en la historia,*





*El traje, imagen del hombre*,<sup>14</sup> sin hablar de obras consagradas a la historia de las técnicas. Pero hay que tener en cuenta también las obras de propósito más general, que tratan acerca de la vida material en uno o varios de sus capítulos.

Ése es el caso de las historias de la civilización: *La civilización del Occidente medieval*, de Jacques Le Goff, ofrece un panorama muy amplio y fuertemente estructurado de la cultura material de la Edad Media “clásica” (siglos XI al XII).<sup>15</sup> La historia *rural*, que ha multiplicado sus empresas desde Marc Bloch, no deja tampoco de abordar la cultura material bajo el aspecto de los terrenos, las plantas cultivadas, los instrumentos y técnicas agrarias; mas, puede estimarse que aún se consagra en lo esencial a destacar las relaciones sociales.<sup>16</sup>

Por el contrario, debe destacarse un tipo particular de obras ubicadas bajo el nombre de *La vida cotidiana*, título de una colección ya antigua, pero que continúa dando pruebas de gran vitalidad. La noción de vida cotidiana constituye una de las más imprecisas, o al menos lo suficiente para autorizar a sus autores a inyectar en su plan una vasta parte del saber histórico, del cual el acontecimiento es el único ausente al final.

14. E. Le Roy Ladurie. *Histoire du climat depuis l'an mil*. París, Flammarion, 1967; J.-N. Biraben. *Les Hommes et la peste en France et Dans les pays européens et méditerranéens*. París-La Haya, Mouton, t. I, 1975; Hemardinquer, M. Keul y W.G.L. Rancles. *Atlas des plantes vivrières*; J.-P. Aron. *Le Mangeur du XIX<sup>e</sup> siècle*. París, R. Laffont, 1973; S. Roux. *La Maison dans l'histoire*. París, Albin Michel, 1976; y Deslandres. *Le Costume, image de l'homme*. París, Albin Michel, 1976.
15. Arthaud. París, 1964.
16. G. Duby. *L'Economie rurale et la Vie des campagnes dans l'Occident medieval*, 2 vol. París, Aubier, 1962, G. Duby y a. Wallon (dir). *Historie de la France rurale*, 4 vol. París, Le Senil, 1975; R. Dossier. *Paysans d'Occident (XI<sup>e</sup>-XIV<sup>e</sup> siècles)*. París, PUF, 1984.



A la vez, estas obras se benefician ampliamente de la evolución de una investigación que ha dejado a considerar dominante el acontecimiento y que se ha abierto a la cultura material. Con el tiempo, el producto ha mejorado de manera singular: repudió las anécdotas y no se nutre sólo de las fuentes literarias. Puede medirse el camino recorrido, comparándolas con *La vida cotidiana en tiempos de Juana de Arco*, el libro reciente de Philippe Contamine.<sup>17</sup>

### Las adquisiciones ya son numerosas

Alcanzadas por la corriente ecológica, hoy se reserva una acogida calurosa a obras apasionantes y truculentas, aparecidas a veces en la misma colección y que restituyen con felicidad la vida campesina hasta en sus aspectos materiales.<sup>18</sup> ¿Se trata todavía de historia o es más bien etnografía (léase “autoetnografía”)? Qué importa, si para aprehender la vida material el historiador debe hacerse etnógrafo; y el *Montaillou* de Emmanuel Le Roy Ladurie está ahí para afirmar la coherencia y validez de una etnografía del pasado.<sup>19</sup>

En los *Annales. Economies, Sociétés, Civilizations*, los libros, los capítulos de libros, y sobre todo los artículos resultan incontables, reagrupados bajo el rubro de *Vida Material y comportamientos biológicos*, o en números especiales consagrados a *Historia biológicas y sociedad* (noviembre-

17. *La Vie quotidienne pendant la guerre de Cent ans. France et Angleterre*. París, Hachette, 1976.
18. P.-J. Helias. *Le Cheval d'orgueil*. París, Plon, 1975; H. Vincenot. *La Vie quotidienne des paysans bourguignons au temps de Lamartine*. París, Hachette, 1976.
19. E. Le Roy Ladurie. *Montaillou, village occitan, de 1294 à 1324*. París, Gallimard, 1975.



diciembre de 1969), *Historia y urbanización* (julio-agosto de 1970). *Historia del consumo* (marzo-junio de 1975), *Antropología de Francia* (julio-agosto de 1976), *El Clima y la historia* (marzo-abril de 1977), o, incluso, en los *Cabiers des Annales*.<sup>20</sup>

Por numerosos que sean ya estos estudios, no componen quizás una historia de la cultura material, que queda por escribir; que está aún discontinua en el tiempo y en el espacio; que ni siquiera ha conquistado aún su autonomía; los autores en cuestión no la tratan a veces más que indirectamente, y algunos quizá con el sentimiento de haber sido enrolados por fuerza bajo una bandera extranjera. Pero a través de una bibliografía dispersa, se perciben ya investigaciones bien dirigidas, hipótesis fructíferas y cierto capital de resultados.<sup>21</sup>

### Una historia de la tierra

Los diversos sectores de la investigación al mismo paso. La historia de la tierra ni es la mejor servida, pese a su anterioridad, y a la tradición universitaria que en Francia asocia la *geografía* con la historia. Podría incluso pensarse que la toma de conciencia ya antigua de la influencia del medio natural haya conducido a la escuela francesa de geografía humana a una especie de *impasse*, en que el fatalismo geográfico y un determinismo primario hacen condenar hoy los resultados de la

20. *Por une historie de l'alimentation*. Presentando por J.-J. Hemardinquer. París, A. Colin, 1970.
21. Hay que mencionar aquí las investigaciones del Institut für Mittelalterliche Realien Kunde Österreichs de la Academia de Ciencias Austríaca y los coloquios que organiza, y por ejemplo: *Adelige Sach Kultur des Spätmittelalters*, Viena, 1982.



historia y la etnografía. Así, la casa<sup>22</sup> nunca ha estado, ni ayer ni hoy, en dependencia estrecha, por sus materiales y su forma, de las condiciones climáticas o de los recursos locales. En la Inglaterra medieval se construyó por largo tiempo con madera en las regiones donde la piedra abundaba, antes de aventurarse a edificar mansiones de piedra en zonas desprovistas de canteras. La casa no constituye tan siquiera un acto natural y universal, pues pueblos que habitan regiones de clima frío, como los onas de la Tierra del Fuego o los aborígenes de Tasmania, se contentan con simples refugios.

Del mismo modo, la antigua reverencia del historiador respecto a la geografía se ha revelado estéril. Con frecuencia no ha producido más que capítulos preliminares, que, en el mejor de los casos, definen el cuadro topográfico de un estudio histórico en el cual la influencia del medio ya no se hace sentir. Contra esta “concepción bloqueada de las relaciones del hombre y el medio”, que encierra la intervención humana en los límites de un posibilismo estrecho, se hace hoy el llamado a una dinámica del espacio. La noción del “medio natural”, que ha devenido prácticamente un mito, se les sustituye con la idea de un ecosistema lentamente creado y modificado por el hombre: el espacio rural, donde han actuado, en una sucesión de equilibrios provisionales y siempre inestables, múltiples determinismos tanto sociotecnológicos como naturales<sup>23</sup>

Paradójicamente, esta intención armoniza con una historia de la tierra independiente de toda finalidad humana: la historia

22. A. Rapoport. *Pour une anthropologie de la maison*. Paris-Bruselas-Montréal, Dunod, 1972.
23. G. Bertrand. “Pour une histoire écologique de la France rurale”. En Duby y Wallon. *Histoire de la France rurale*. Paris, Le Senil, t. I, 1975.





del *clima* que escribió Emmanuel Le Roy Ladurie apunta a establecer los hechos son prejuzgar su influencia sobre la historia de los hombres. A partir de las fechas de las vendimias, del movimiento de los glaciares y de otros datos indirectos contenidos en nuestros archivos, puso de manifiesto la “pequeña edad glaciaria” de los siglos XVII y XVIII, anunciada por el deterioro del clima a fines de la Edad Media que sucedió a un calentamiento del medio desde el siglo XII hasta fines del XIII.

### De la demografía a la biología

La historia del hombre físico ha avanzado a pasos de gigante, al menos en lo concerniente al número de hombres, el *nacimiento* y la *muerte*: ése es el terreno de la demografía histórica, que ya está lista para síntesis a escala mundial, que ha conquistado su autonomía científica y que nadie osaría anexar pura y simplemente a la cultura material, so pena de ser tachado de imperialista. Pero, ¿qué podría hacerse con una antropología histórica, que se interesa en la apariencia física, en los comportamientos biológicos y en las enfermedades?

### La historia se apoya sobre disciplinas médicas

La historia de las enfermedades<sup>24</sup> no constituye una conquista reciente: ha atraído a los médicos en todas las épocas, aunque por largo tiempo le han dado una dimensión hartamente anecdótica. Fundada hoy sobre documentos cuantitativos y apoyada en la *estadística*, nos muestra la lepra presente desde la alta Edad Media y luego retrocediendo hasta el fin

24. M.D. Grmel. “Préliminaires d’une étude historique des maladies”. En *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre de 1969.



del Medioevo, para subsistir hasta ayer en algunos islotes residuales. Nos recuerda que la tuberculosis cobraba víctimas ya en tiempos de los romanos, y nos enseña que la sífilis existía sin duda en estado endémico en el continente euroasiático antes, incluso, del descubrimiento de América.

Se ha dedicado a las carencias, a las enfermedades de la malnutrición, a las desgracias físicas de las clases pobres y de las sociedades urbanas. Sobre todo, ha puesto en evidencia la amplitud, los ritmos y los caminos del fenómeno “peste” en la Edad Media (en el siglo VI, luego a partir de 1348) y en los tiempos modernos. Resulta difícilmente concebible que la historia hecológica haya podido ignorar, de manera tan soberbia y por tanto tiempo, un acontecimiento de la talla de la gran epidemia de 1348, que con sus retornos casi decenales, redujo en menos de un siglo la población de Occidente en una proporción que se sitúa entre un tercio y la mitad.

Bajo el impulso –una vez más– de Emmanuel Le Roy Ladurie,<sup>25</sup> la *antropología histórica*, a partir de un análisis factorial de los archivos del ejército dibuja un curioso mapa de la Francia de inicios del siglo XIX, en el cual, según una línea que va desde Saint-Malo hasta Genève, una Francia de ojos y caballos claros y de altas estaturas se opone a una Francia de ojos y cabellos oscuros y pequeñas tallas. Pero la Francia de antaño era más “clara” que la de hoy, y los ojos oscuros tienden a dominar. Hay también, en el siglo XIX, una Francia del bocio (las regiones montañosas), una Francia de tiñosos (el valle del Sena, el norte y el suroeste), una de escrofulosos (el Oise y el Cantal), una de tuberculosos... Asociándose a la

25. J.-P. Aron, P. Dumont y E. Le Roy Ladurie. *Anthropologie du conscrit français d'après les comptes numériques et sommaires du recrutement de l'armée, 1819-1826*. Paris-La Haye, Mouton, 1972.



historia, la hematología llega así a resultados sorprendentes, que cuestionan el pretendido doblamiento de la Europa del sureste por la raza de Cromagnon y hacen de los vascos los mejores representantes de la herencia biológica de los pueblos del neolítico.

### Las variaciones de la alimentación

También la historia de la *alimentación* progresa, pese a la resistencia de las fuentes, a menudo limitadas a medios muy particulares: pensionistas de colegios, población hospitalizada, raciones de la marina o el ejército. Pero los coloquios reúnen cada vez con más frecuencia a los historiadores, arqueólogos y nutricionistas, comprometiendo la investigación en la vía de ese estudio de los regímenes alimentarios que deseó Fernand Braudel. La historia del pan o del vino,<sup>26</sup> que por otra parte tuvo su utilidad, tiende a sustituirse por una historia de los equilibrios calóricos y nutricionales, así como una historia del gusto, con todas sus connotaciones sociales, económicas y psicológicas.

Comienza a imponerse la imagen de un Occidente medieval y moderno, consumidor ante todo de cereales (trigo, avena, cebada, el álaga, así como el trigo candeal), que ve desvanecerse poco a poco la cebada, desaparecer el mijo, imponerse el centeno, pero que no gana nada desde el punto de vista nutritivo; sufre permanentemente de una insuficiencia de proteínas animales, mal compensada por el consumo de pescado, de lácteos y de leguminosas “*esa carne del pobre*” (M. Aynard). El vino, siempre preferible a un agua dudosa, aparece como un complemento energético: su consumo, que

26. R. Dion. *Histoire de la vigne et du vin en France des origines au XIX<sup>e</sup> siècle*. Paris, 1959.



se acrecienta en los tiempos modernos, proporciona calorías a bajo costo. Los trabajos de Luis Stouff<sup>27</sup> y de algunos otros investigadores, han confirmado, sin embargo, un consumo óptimo de alimentación cárnica a fines de la Edad Media: el consumo en carne de una ciudad como Carpentras resultaba entonces superior al que sería en el siglo XIX, y esto ocurre en otras ciudades y regiones, como Sicilia.

Ciertamente se trata de una carne de calidad generalmente dudosa, pero el contraste es notable con la monotonía de los menús de la época clásica y del siglo de las Luces, cuando la carne no hace más que raras apariciones, hasta desaparecer totalmente a veces, como ocurre entre los campesinos sicilianos. Se está lejos, aquí, del relato anecdótico o de la simple oposición, válida pero escueta, entre el fausto de la mesa principesca y la magna pitanza del pobre. Y no carece de interés subrayar, con Fernand Braudel, la gran transformación del gusto que marca al siglo XVIII: el retroceso de las especias, a hora menos necesarias para conservar y preparar las carnes y el advenimiento de los platos azucarados; o de constatar que será necesario todo el siglo XIX para que los nuevos hábitos alimentarios ganen los campos franceses.

### **El campo privilegiado de la arqueología**

La casa ofrece un terreno de encuentro a los historiadores, geógrafos y etnólogos. Pero el historiador es el más incómodo, unido por una documentación limitada a las construcciones prestigiosas o a los datos económicos: el castillo o la residencia burguesa le resultaban más accesibles que la habitación

27. L. Stouff. *Ravitaillement et Alimentation en Provence aux XIV<sup>e</sup>*. París-LaHaya, Mouton, 1970.





campesina, estereotipada por el pintor o el miniaturista cuando no radicalmente ignoraba. Respecto a la Edad Media, y con mucha más razón para la Antigüedad, la intervención del arqueólogo es esencial; y las cosas no cambian apenas con los tiempos modernos, cuando, más que de documentos, se esperan informaciones de un tipo de *arqueología* “monumental”, basada en el estudio de las antiguas casas todavía en pie. Apenas la documentación escrita registra a veces, con la ayuda de medidas imprecisas como la *travée* o el *chas*, las dimensiones de las casas, evoca la organización del trabajo de los obreros de la construcción o detalla la distribución de la habitación ordinaria en una ciudad como París en el Medioevo.<sup>28</sup>

Luego, en buena medida a partir de los resultados arqueológicos puede esbozarse, siguiendo a Simona Roux o a Pierre Chaunu,<sup>29</sup> los grandes rasgos de una evolución de la construcción en Occidente: la Edad Media deviene la época de la madera, cosa a veces disimulada por el legado de monumentos en piedra que nos han dejado los siglos medievales. Pero hay una gran distancia entre la choza semiexcavada del alto medioevo, hecha de postes, ramaje y argamasa de barro y paja, y la casa urbana de los siglos XIV-XV, construida con maderos ensamblados, obra maestra de carpintería que reúne numerosos pisos de pequeños elementos indeformables y sólidamente

28. *La Construction au Moyen Age, histoire et archéologie*. París, Les Belles Lettres, 1973; *Architectures de terre et de bois. L'habitat privé des provinces occidentales du monde romain. Antécédents et prolongements: protohistoire, Moyen Age, et vœlques expériences contemporaines*. J. Lasfargues (dir). París, DAF, 1985; *Pierre et metal dans le bâtiment au Moyen Age* (O. Chapelot y P. Benoit éd.). París, EHESS, 1985.
29. J.-P. Bardet, P. Chaunu, G. Deserti, P. Goubier y H. Neveux. *Le Bâtiment, enquête d'histoire économique, XIV<sup>e</sup>-XIX<sup>e</sup> siècle*. París-La Haya, Mouton, 1971.



sujetos entre sí. Sin duda, en el terrero de la construcción. La casa pesada de piedra, símbolo de comodidad social y elemento esencial del capital, gana enseguida terreno: esto comienza desde el fin de la Edad Media, pero su preponderancia se afirma en el siglo XVIII, aun cuando no haya podido ganar todas las provincias ni vencer todas las pobreza.

Primero de madera y luego de piedra, la casa campesina desarrolla un proyecto que se inscribe en los vestigios arqueológicos y, después, en los testimonios etnográficos. En Alemania, a la pieza única de los orígenes, como en una división celular, se añade una habitación que tomará más y más importancia, al dotarse de una estufa; mientras que la pieza mayor de la vivienda se subdivide para dar lugar a un vestíbulo y separar la cocina del comedor. En la Europa central y danubiana, la habitación excavada proyectó al exterior otra pieza con la cual se vincula a continuación por un vestíbulo-cocina, para llegar a la clásica división tripartita de la vivienda campesina.

### **Para la casa y el mobiliario, también hacen falta las fuentes escritas**

Más allá de la casa tenemos el pueblo y la *ciudad*, y en el interior el mobiliario. En estas dos perspectivas, el consumo de las fuentes arqueológicas y de los documentos escritos sigue siendo indispensable. Los inventarios realizados tras el fallecimiento resultan irremplazables cuando se trata de muebles de madera, reducidos a bien poca cosa en la vivienda campesina hasta los tiempos modernos: una mesa, simple tabla que descansa sobre soportes, el arca-banco, mueble para todo, a la vez silla y armario, o el cofre y la armazón del lecho. La



bibliografía es inmensa sobre pueblos y ciudades, pero muy raros los estudios que de la topografía urbana o campesina<sup>30</sup> desprenden las instalaciones colectivas. Del mismo modo, son raros los trabajos acerca de los caminos y transportes, salvo quizás en lo concerniente a la gran navegación marítima, mejor servida por los documentos de las ciudades mercantiles de los mares del Norte o del Mediterráneo.

### **El traje: una información demasiado rica**

La historia del traje ofrece un buen ejemplo de las dificultades que halla, en general, el estudio de la cultura material: disparidad de las fuentes de información según los medios, hallazgo de influencias y solicitudes de todo tipo que ocasionan interpretaciones prematuras, abundancia de hechos en los cuales apenas se perciben las líneas directrices. Las fuentes son aquí esencialmente iconográficas, y abundan. Ni siquiera la prehistoria está desprovista de ellas: los grabados rupestres ofrecen, al menos, algunas representaciones humanas. Pero su diferencia de lo que ocurre en la casa, el vestuario del hombre ordinario no falta de la iconografía, la abundancia de información sobre el traje en los medios aristocráticos conlleva el riesgo de desviar el propósito del historiador hacia lo más excepcional; la moda, por ejemplo.

El traje constituye el punto de unión de influencias extremadamente variadas que vienen más de las técnicas textiles que de las de la costura, de estructuras sociales, de intercambios y, por tanto, de la economía, impuestas por la función (por ejemplo, vestuario del obrero o del soldado), por diferencias sexuales que se quieren o no destacar, actitudes

30. F.-J. Himly: *Atlas des villes médiévales d'Alsace*, 1970.



psicológicas, *ideologías y políticas* (traje revolucionario, por ejemplo). Aquí el peligro radica en ir demasiado rápido en la búsqueda y en designar sin más un factor como responsable de la evolución y del cambio. La movilidad imprevisible de los hechos prohíbe ceder a un funcionalismo que todo desmentiría. Hasta aquí, el hecho social se ha considerado dominante y, ciertamente, el traje es un signo social; pero ello no da cuenta del cambio más que en una sola dimensión.

### Numerosas interrogantes, hay que matizar las respuestas

La moda resulta un fenómeno eminentemente social, pero ¿se nos explicará por qué no es un fenómeno de todos los tiempos y todas las regiones? Se nos asegura que nace en el siglo XIV en Occidente, lo que recuerda la arriesgada información que hace nacer el amor en el siglo XII. Sea. Admitamos el hecho. ¿Por qué, entonces, sólo en esta época? ¿Y por qué ha habido que esperar hasta el siglo XVIII para que las modas de la ciudad lleguen a los pueblos, donde, por otra parte, se han fijado como trajes regionales? En fin, la historia del traje está hecha de gran número de pequeños detalles, en los cuales resulta mas bien difícil percibir lo esencial. ¿Se trata de la distinción entre el traje suelto y el ajustado? El primero caracteriza en Occidente a las civilizaciones de la Antigüedad clásica, mientras que el segundo triunfó hacia el siglo XV; pero, entre esas dos fases, ya hacía largo tiempo que el traje había asociado los dos tipos de vestimenta. ¿Se trata de la distinción entre el traje corto y el traje largo? Siempre limitándonos a Occidente, el segundo habría reemplazado al primero ya en el siglo XIV.





Se trata más, de hecho, de la aparición de un traje que entre los hombres hizo destacar las formas del cuerpo y afirma la diferencia entre el hombre y la mujer. También resulta posible interesarse en la diferencia que de manera progresiva se establece entre la ropa exterior y la interior, nacida esta última quizá de la antigua manera de vestir, de un brial o de unas haldas y unas bragas.<sup>31</sup> También insistirse en la uniformización ocurrida en el siglo XIX con el traje masculino del burgués, que enmascaraba las formas del cuerpo y los vestía con los colores más sombríos y tristes. La aparición de las ballenas en el siglo XVI tampoco resulta menos: durante siglos le dará a las mujeres una silueta artificial. Pero, ¿se trata de hechos esenciales? ¿No habría otros? Y cómo decidirlo, si no es reteniendo los hechos ciertos de alguna duración y universalidad: la “*larga coyuntura*”, a falta de la “*larga duración*”.

### Evolución de las técnicas

De todos los capítulos de una historia de la cultura material, el de las técnicas es, hasta hoy, el más amplio.<sup>32</sup> En verdad, está difundido a través de todos los otros, pero se conocen mejor las técnicas agrarias que la alimentación a ellas vinculada, y a las técnicas textiles que el vestuario. Claro que la historia de las *técnicas* puede apoyarse en numerosos centros, como el Centro de Investigaciones de las Ciencias y las Técnicas (Centro Alexandre Koyré), el Centro de Documentación de la Historia de las Técnicas, el Centro de Investigaciones de

31. *Bliaud*: túnica que se llevaba arriba de la cota (clase de camisa) y arriba de las bragas (calzones).
32. M. Daumas. *L'Histoire des techniques, son objet, ses limites, ses méthodes*. 1969.



la Historia de la Siderurgia; también el Museo de Hierro y numerosos museos especializados de provincia, como los de Rouen y Avignon, consagrados a la herrería, sin hablar del más moderno de nuestros museos nacionales, el de Artes y Tradiciones Populares, donde toda la cultura material está representada, aunque desde una perspectiva insuficiente desde el punto de vista histórico.

Han aparecido obras de pretensiones enciclopedias,<sup>33</sup> así como estudios más limitados, como el excelente librito de Lynn White (Jr.),<sup>34</sup> quien, siguiendo a Marc Bloch, destaca las mutaciones que el estribo, el molino de agua, el arado y la rueca, significaron para el Medioevo occidental; y otros que insisten sobre las relaciones entre técnica y sociedad.<sup>35</sup>

Vale decir, se ha acumulado un volumen de datos, cuya organización es todavía difícil. ¿Dónde situar, en particular, los grandes giros de la historia de las técnicas? No están sin duda representados por las invenciones, *strictu sensu*. Si se aplica aquí el esquema braudeliano de los tres tiempos de la historia,<sup>36</sup> la invención estaría al nivel del acontecimiento: es necesaria al cambio, pero no basta para provocarlo. Puede dormir por largo

33. B. Gille. *Histoire générale des techniques*. Presses Universitaires de France, 1962; C. Singer, E. J. Holmyard, A. R. Hall y T. I. Williams. *A History of Technology*, 5 vol. Oxford, 1954.
34. L. White. *Technologie médiévale et Transformations sociales*. Paris-La Haya, Mouton, 1969.
35. D. Furia y P.-C. Serre. *Techniques et Société*. Paris, Armand Colin, 1970.
36. Para F. Braudel, la historia tradicional está atenta al tiempo corto, al acontecimiento; la historia económica y social, a los ciclos y a la coyuntura; la historia nueva, a la larga, e incluso, a la larguísima duración (las estructuras). F. Braudel. "La Longue durée". En *Écrit sur l'histoire*. Paris, Flammarion, 1969.



tiempo antes de provocar un efecto cualquiera. Importa poco que el molino de agua se haya conocido en la Antigüedad, si no tuvo un uso regular desde entonces. Hay también invenciones que fracasan y deben redescubrirse: los galo-romanos diseñaron una segadora mal adaptada a las necesidades de la economía rural y pronto olvidada. La invención viene a su hora, o la espera.

### Se vacila en hablar de revoluciones técnicas

Pero entre los movimientos de variada amplitud que agitan al mundo de las técnicas hay algunos que se han tomado como mutaciones mayores, pues se les ha llamado *revoluciones*. Es importante reconocer estos grandes momentos de aceleración, pues tienen todas las posibilidades de arrastrar con ellos a toda la cultura material. Mas, mirados bien de cerca, tienen tendencia a diluirse. Los historiadores de la prehistoria han perdido su bella seguridad respecto a la “revolución neolítica”: la domesticación de plantas y animales, el sedentarismo y la alfarería, ya no parecen estar necesariamente asociados. Tampoco se sabe qué papel desempeñaron las técnicas en la revolución agrícola de la Edad Media: se la sitúa en los siglos XI y XIII, cuando los progresos decisivos (el arado, la herradura, el estribo, la collera y el barbecho trienal) acumularon sus efectos.

Y la rueca, el reloj mecánico, el arma de fuego que aparecen hacia el final de los siglos XII y XIII, ¿son de menor consecuencia para la vida material del Occidente medieval? En cuanto a “la nueva revolución agrícola”, pese al desarrollo de los cultivos forrajeros, el barbecho cuatrienal y el mejoramiento de las razas animales, se vacila hoy en fecharla e, incluso, en reconocerla. La “revolución industrial” resulta más evidente,



pero también muy difusa en los decenios de los siglos XVIII y XIX.

Como resultado, solo queda la certeza de un progreso. Se trata, no obstante, de un progreso que sólo es evidente globalmente, para la humanidad en su conjunto, el peso de las sociedades occidentales es considerable. Puede que enmascare evoluciones diferentes, culturas inmóviles e, incluso, regresiones. La noción misma de progreso no es universal: algunas sociedades la han ignorado o rehusado. Japón, al cerrarse a toda influencia exterior, cultivó al mismo tiempo el inmovilismo durante siglos. El caso de China es todavía más inquietante: tras haberlo inventado todo desde los inicios de nuestra era, vivió a continuación sobre estas conquistas, sin innovar, hasta ayer. Aquí interviene entonces otra dimensión de la cultura material, la espacial, raramente tomada en cuenta por los historiadores de las técnicas –excepto André Leroi-Gourhan–, y surge la pertenencia de la noción de “aire cultural”,<sup>37</sup> tan útil en historia como en etnología, y necesaria en el terreno material como en el de las superestructuras.

### Cultura material e ideología

Sin dudas no es por casualidad que los arqueólogos dominen, por su problemática y trabajos, los Institutos de Historia de la Cultura Material de la Unión Soviética o de Polonia- En Polonia, el Instituto tuvo como primer director a Kazimierz Majewski, un especialista de *arqueología* clásica, y agurpa a cuatro tipos de investigadores: arqueólogos de la

37. Conjunto cultural vinculado con toda una región del globo y definido por cierto número de criterios técnicos, socioeconómicos, religiosos, lingüísticos...





Polonia prehistórica y medieval, arqueólogos del Mediterráneo, etnógrafos e historiadores de la economía.<sup>38</sup> La asociación de arqueólogos, de la Polonia y medieval, arqueólogos, de historiadores y de etnógrafos, responde a la necesidad de sumar y confrontar tres tipos de fuentes para escribir la historia del pasado material. Pero tanto por las responsabilidades que asumen –el Instituto está dirigido por un arqueólogo, Wiltold Hensel– como por las publicaciones que producen, todo muestra que los arqueólogos tienen el primer lugar.

Provenientes de otros horizontes, los arqueólogos desde el inicio preocupaciones particulares en la definición del nuevo campo. Se han integrado mucho acerca de las relaciones de la cultura material y el arte, no sin experimentar alguna dificultad para eliminar a este último de su problemática. Al haber definido la cultura material como la ciencia de los *artefactos* (objetos fabricados), se han preguntado qué lugar conceder a los objetos de arte y a los *realia* (objetos de culto), que, por su formación, estaban habituados a tomar siempre en consideración. Esta dificultad domina la reflexión teórica de Jan Gasiorowski, cuyos trabajos, antes o inmediatamente después de la guerra, contribuyeron mucho a fundar la nueva ciencia que él llamó “ergología”. Gasiorowski definía la cultura material como “el conjunto de grupos de actividades humanas que responden a una finalidad consciente y poseen un carácter utilitario realizado en objetos materiales”.

Parecería que tal definición debería excluir todo lo relacionado con el arte o lo cultural. Y, sin embargo, aparece en un estudio consagrado a la relación del arte con

38. T. Wasowicz: “L’Histoire de la culture matérielle en Pologne”. En *Annales E.S.C.*, enero-febrero de 1962.



la cultura material. ¿Simple problema de frontera entre dos investigaciones? Quizá, pero que no se deja resolver de manera tan cómoda. Las obras de arte tienen un soporte material, y se producen, muchas veces, con la ayuda de instrumentos y técnicas que no son radicalmente diferentes de los empleados en otras actividades humanas. E, incluso, los objetos utilitarios poseen una potencialidad estética que los etnólogos destacan cuando hablan de arte popular. Esto debería recordarse antes de subrayar que los objetos materiales constituyen la articulación entre un campo de investigación, la cultura material, y un método, el método arqueológico.

Parece en efecto que, por una parte, la arqueología constituye la vía de aproximación privilegiada para el estudio de la cultura material del pasado y, por otra, ésta sea el mejor objetivo que pudiese asignarse a la investigación arqueológica.

### **Lo escrito y el objeto**

Unido a la historia, el estudio de la cultura material tropezaría muy pronto con una barrera infranqueable, si se limitase a la explotación de fuentes propiamente históricas: los documentos escritos. En la escala del pasado humano, las fuentes escritas se hacen cada vez más raras al remontar el tiempo, hasta desaparecer totalmente. Sólo quedan entonces los vestigios materiales, los mismos que pueden informar de la cultura material y que son también los documentos de la arqueología. Habría que añadir que esta barrera de lo escrito resulta menor para la vida material que para cualquier otro dominio de la historia. En épocas en que la escritura es rara, siendo privilegio de un pequeño número; en que su rareza la valoriza hasta conferirle un carácter casi sagrado, los hechos



que registra no son aquellos de los cuales se nutre la historia de la cultura material. El clérigo se cuidaría bien de detenerse en lo que consideraría habladería ociosa: describir lo que el lector conoce perfectamente porque lo tiene ante los ojos, lo familiar a todos por cotidiano. ¿Y qué hay más familiar, más cotidiano que esos gestos, esos objetos, esos usos que forman la cultura material? Y si por casualidad, el clérigo es llevado a mencionar algunos de esos objetos, lo hace con una palabra que aporta al historiador menos información que interrogantes.

Cuando el redactor del políptico de Irminion, en el siglo IX, o Suger en el siglo XI, escriben “carruca”, ¿qué instrumento para arar provisto de ruedas delanteras; mas, ¿puede pensarse a una arado con ruedas o en un verdadero arado, provisto de una reja y una vertedera? Aún se discute. Piénsese en el barco vikingo: no faltan los documentos escritos. Su imagen anima las metáforas de los poemas escáldicos, que lo llaman “larga viga de mar” y “esquí de las rompientes”. Es objeto de frecuentes menciones en las sagas. Pero estos documentos no hacen más que exaltar sus cualidades, como los documentos iconográficos no hacen más que evocar una silueta. Todo lo que se sabe de la construcción naval entre los escandinavos se debe a las embarcaciones usadas como sepulturas, o a los barcos naufragados en los fiordos; es decir, a la arqueología.

Por otra parte, si la cultura material se expresa en y por los objetos, la arqueología tiene que ver con ellos. También la arqueología puede definirse como la ciencia de los objetos. Por supuesto, con la condición de que el término “objeto” se entienda de manera más amplia, para que abarque las construcciones y la tierra removida; con la condición también de separar el objeto aislado o las colecciones arbitrarias. Además, el hombre está implícito a través de los objetos. “Las



cosas y los hombres”, ése podría ser también el programa de la arqueología.

Claro que no hay una total adecuación entre cultura material y arqueología. Un vaso no es sólo una técnica o una función utilitaria. También cuenta por su forma, eventualmente por su decoración, y por elecciones que ya no son del orden infraestructural; puede, además, poseer una significación social y ser testimonio de un sistema de relaciones económicas. No hay ninguna razón para que el análisis de la arqueología rehúse estos aspectos. Pero es cierto que, al descubrir vestigios concretos, la arqueología está más cómoda en el terreno de lo material. Sólo allí obtiene cierta seguridad. Sólo allí llega a algunas evidencias. Fuera de la cultura material, la parte interpretativa crece, y con ella, la relatividad de los resultados.

### **Nueva perspectiva entre los investigadores de la prehistoria**

Desde el comienzo, desde Boucher de Perthes, el estudio de las sociedades prehistóricas y de su evolución ha descansado sobre el análisis de los mobiliarios y de las técnicas. No obstante, hace poco que los *investigadores de la prehistoria* emplean el término “cultura material”,<sup>39</sup> y, aunque definen las culturas por *lo material*, no hace mucho que elevaron sus ambiciones hasta la restitución de conjuntos culturales de cierta amplitud. Hasta entonces sólo habían tomado en cuenta un pequeño número de elementos técnicos, tenidos como significativos y representantes de una cultura: instrumentos de piedra, luego cerámica, luego armas de metal. Y esos mobiliarios, largamente analizados por sabias tipologías, desempeñaban el papel de

39. J. Guilaine. *Premiers bergers et paysans de l'Occident méditerranéen*. Paris-La Haya, Mouton, 1976.





jalones cronológicos, de testigos de las migraciones humanas y de las evoluciones técnicas, en una perspectiva “horizontal”, y a la visión del historiador se añade hoy la del etnólogo.

El vago concepto de asentamiento, que evoca una ocupación humana mal definida, se sustituye por el de *habitat*. En Pinçevent,<sup>40</sup> el equipo de André Leroi-Gourhan se dedica a la restitución del *espacio* habitado y de su organización: construcción, hogares, áreas de trabajo, áreas de descanso, zonas de circulación, así como a la restitución de las actividades domésticas e industriales y de la alimentación. Aquí, como en Terra Amata o en la gruta del Hortus (Henry de Lumley), toda la evidencia material de un grupo humano, en una etapa de migración perpetua, renace del microanálisis de los vestigios que no sólo se relacionan con el instrumental, sino también con los residuos de fabricación y de las comidas, los testimonios más fugaces de las actividades y los desplazamientos.

### **Cultura material: ¿subproducto de manifestaciones artísticas en la arqueología clásica?**

La arqueología clásica no podía ignorar por completo la cultura material, pero no la abordó más que de modo casual en empresas dotadas de una finalidad bien distinta, y la noción misma ha permanecido por largo tiempo ajena a sus preocupaciones. El arte, incluso en sus formas más degradadas –piénsese en la decoración estereotipada de la cerámica sellada–; las creencias, representadas por los monumentos del culto y los testimonios de los ritos funerarios; la organización

40. A. Leroi-Gourhan y M. Brezillon. *Fouilles de Pinçevent, essai d'analyse ethnographique d'un habitat magdalénien*, Éd. Paris, Del CNRS, 1972.



política en sus manifestaciones materiales, organismo y red de caminos, fueron y siguen siendo los objetos esenciales de una investigación que, al contrario de la arqueología prehistórica, define las civilizaciones por sus aspectos superestructurales.

Más tarde, la economía viene a reunirse a los otros temas, por la vía de las técnicas y los testimonios de los intercambios. Si la vida material no está ausente, pese a todo, de los trabajos de la arqueología clásica, es porque constituye una parte relativamente importante de los temas del arte antiguo –piénsese en las pinturas de las tumbas etruscas o en las escenas que figuran en los vasos áticos–. También porque no podían estudiarse los monumentos y las obras de arte sin interesarse en las técnicas que los produjeron. Y, por último, es que incluso los objetos estéticos, como los vasos, pueden tener una función utilitaria.

Pero ¡qué singular idea de la vida material de la Antigüedad se tendría a través de los museos de arqueología, que colocan juntos los testimonios de lujo aristocrático y los productos de un arte industrial, verdadero *ricth* valorado solamente por la arqueología! Una idea además falsa, porque el modo de vida de las masas antiguas está ausente, o no hace más que una tímida aparición casual en las representaciones artísticas, siendo olvidado enseguida por el aplastante predominio de las clases dominantes.

### El ejemplo de la arqueología eslava

La arqueología medieval no ha dejado de infligir una distorsión semejante a la civilización que estudia, al dirigir en primer lugar a los vestigios más prestigiosos. Son aún testimonio de ello demasiados libros y museos consagrados a la civilización medieval, donde las catedrales y los castillos,



los marfiles y los esmaltes, y el oro de las miniaturas y de los cálices ocupan todo el lugar. Pese a ello, son duda en la arqueología medieval se hallan las orientaciones más firmes y las empresas más numerosas dirigidas a la cultura material. ¿Cómo explicarlo? Probablemente por una atención más marcada a las investigaciones históricas entre los ejecutores de las excavaciones, con frecuencia provenientes de la historia. También por el ejemplo eslavo, aunque no haya sido el único en influir: los medievalistas, al tomar prestado de los investigadores de la prehistoria los métodos más sutiles, también tomaron prestada gran parte de su problemática.

En cualquier caso, la arqueología eslava ha convencido por su éxito. Resultaría exagerado afirmar que la búsqueda de lo espectacular y ciertas preocupaciones nacionalistas no han tenido parte alguna en sus empresas. De todos modos, los objetivos asignados a programas inspirados por el marxismo no se han perdido de vista. Fuertemente organizada y dotada de medios poderosos, la arqueología eslava excavó menos a menudo monumentos que sitios de pueblos y *ciudades*, dedicándose sobre todo a estas últimas.<sup>4139</sup> Barrios enteros se han descubierto con sus calles, las modestas moradas de sus habitantes y las tiendas de los artesanos, como en ese taller de zapatero de Novgorod, que ha mostrado miles de tiras de cuero, incontables zapatos usados, y la cuba donde las pieles se depilaban en cal viva; o como el “estudio” de Kiev, la casa de un orfebre abandonada durante la toma de la ciudad por los mongoles en 1240, donde la marmita estaba aún sobre el hogar con la cuchara de madera dentro del cocido de avena. Se trata de numerosas Pompeyas, pero interrogadas científicamente,

41. Bajo la dirección de P. Francastel. *Les Origines des villes polonaises*. Paris, 1960.



siguiendo una investigación sistemática apoyada en los métodos de análisis más modernos, y en trabajos de laboratorio, como los dedicados en Poznan a la paleobotánica, o en Lodz, al estudio de los tejidos antiguos.

Las condiciones particulares de conservación que tienen con frecuencia los suelos húmedos de los países eslavos, han permitido restituir una verdadera civilización de la madera, de la cual se hace no sólo los utensilios domésticos y las armas, sino también las casas, edificadas con postes compilados; las calles, construidas con enrejillado de calas o con tablas; las murallas, que sobre más de 10 metros de alto, muestran revestimientos de vigas o poderosos artesanos llenos de tierra. La arqueología describe también la evolución de las técnicas: de la metalurgia, que explota precozmente los yacimientos de hierro de las turberas; de la agricultura, que utiliza instrumentos para arar con manceras de hierro desde los inicios de nuestra era y que conoce un empleo generalizado del arado desde los siglos V y VI. Los resultados, impresionantes por su número y novedad, ya están sintetizados y accesibles en el libro de Witold Hensel acerca de la cultura material de los esclavos,<sup>4240</sup> o a través de las publicaciones de los Congresos de Arqueología Eslava de Varsovia (1965) y de Berlín (1967).

### **De la arqueología medieval a la arqueología industrial**

En Occidente, la arqueología urbana no siempre se limita a excavar monumentos religiosos o los asentamientos de los grandes puertos de los mares del Norte (Birka, Skiringsal, Hedeby, Dorstad), sino también en Winchester, en Cork,

42. W. Hensel. *Les Slaves au Aut. Moyen Age. Leur culture matérielle*. Varsovia, 1956 (en polaco).





descubre las habitaciones, los testimonios de las actividades mercantiles y artesanales y las huellas de la organización del espacio. Pero, sobre todo, la arqueología de los poblados sirve a la historia de la cultura material: ¿cómo olvidar que los *campesinos* constituían la enorme mayoría de las poblaciones medievales? La arqueología de los pueblos –de la cual no puede separarse una arqueología agraria que estudia los campos fósiles– ya tiene cierta antigüedad en Alemania, en la cual se inició con la búsqueda de los habitat de la alta Edad Media, donde lindan estrechas cabañas excavadas con grandes y largas casas de madera y argamasa.

Pero se desarrolló después de la guerra, dirigiéndose también a pueblos de fines del Medioevo que revelan casa más sólidamente construidas, a veces en piedra, ya con mampostería, y provistas en algunos casos de un piso, que anuncian la casa tradicional descrita por la etnografía.<sup>4341</sup> En Inglaterra, la investigación se ha beneficiado por la amplitud del movimiento de los cercados, que vació de habitantes numerosos pueblos, fosilizando sus vestigios bajo la hierba de los prados para ovejas: más de un centenar de sitios se han excavado, permitiendo reconstruir la evolución de sus habitantes y relacionar los tipos y dimensiones de las casas con los niveles sociales.<sup>4442</sup> Las publicaciones reflejan un poco menos las técnicas, el instrumental agrícola, o el equipamiento doméstico, que al tomarse por lo general como datos preliminares esperan investigaciones más pacientes, pero ya esbozadas.

43. “Archeologia e geografia del popolamento”. En *Quaderni Storici*, 24, 1973.

44. M. Beresford y J. Hurst. *Deserted Medieval Villages*. Londres, 1972.



En los países latinos, la arqueología medieval no se acogió sin reticencia por los medios eruditos, los cuales no admitían más que una documentación en lo esencial señorial y fiscal, que al servir los intereses de las clases dominantes no bastaba para escribir la historia material de las masas rurales o urbanas.<sup>4543</sup> En los países anglosajones, donde el respeto por la tradición se une al gusto por las iniciativas provocativas, han visto nacer y desarrollarse rápidamente una arqueología postmedieval y una *arqueología industrial*. La insuficiencia de las fuentes escritas sólo vale para la Edad Media; se ha constatado incluso que, si gracias a las excavaciones en los pueblos la casa campesina resulta relativamente bien conocida a fines del Medioevo (al menos en ciertas regiones), se ignora por completo cómo evoluciona a continuación. La llamada casa tradicional es en parte una ilusión: en todo caso, la tradición nunca parece ser antigua ni estar fijada.

En América del Norte, puede atribuirse a la arqueología postmedieval la excavación de los primeros establecimientos de la colonización, donde el modo de vida importado de Europa se modifica por condiciones diferentes y las restricciones de un medio nuevo. La arqueología industrial,<sup>4644</sup> que no tiene que recurrir a la excavación, se propone conservar y estudiar los vestigios de las manufacturas de la primera edad industrial

45. Es de notar, sin embargo, la publicación, desde 1971, de la revista *Archéologie Médiévale* y, desde 1974, de *Archeologia Medievale*. Resultados de excavaciones en emplazamientos de pueblos medievales se han publicado recientemente: G. Démians d'Archimbaud. *Les Fouilles de Rougiers*. Paris, CNRS, 1980; J-P. Pesez (dir). *Brucato, histoire et archéologie d'un habitat médiéval en Sicile*. Roma, Ecole française de Rome, 1984.

46. R. A. Buchanan. *Industrial Archaeology in Britain*, 1972.



o de los talleres más recientes: la historia de las técnicas y de las condiciones de trabajo sólo puede enriquecerse con el testimonio concreto dejado por las instalaciones y los equipos del capitalismo industrial. En Francia, donde hay mucho que hacer en este campo, y donde la industria ha dejado vastos conjuntos monumentales –como las salinas de Arc-et-Senans o la ciudad manufacturera de Ville-neuville, cerca de Clermont-l'Hérault–, la realización del ecomuseo de Creusont obedece a la misma inspiración.<sup>4745</sup>

### Proyecto de una historia de la cultura material

Pese al número de trabajos que, deliberadamente o no, se le dedican; pese a este segundo aliento que le ha dado la arqueología, la historia de la cultura material sigue siendo una investigación joven, de *status* mal definido y que no acaba de nacer. Aún no ha concluido sus enfoques y todavía es incapaz de síntesis. En el libro de Witold Hensel sobre la cultura material de los eslavos –por demás muy completo– falta un capítulo, precisamente el que estaría dedicado a definir la cultura material de los pueblos eslavos de la alta Edad Media: puede imaginarse que ella es algo bien distinto que la suma de sus elementos componentes. Aún se sigue en el plano descriptivo de la colección de hechos. Para ser verdaderamente científica, la historia de la cultura material debería, sin duda, llegar a cierto nivel de abstracción, y ser capaz de rescatar las coherencias que estructuran una cultura.

Pese a todo, ha logrado cierto progreso en esta vía, como testimonia el libro de Fernand Braudel o el de Jacques Le

47. “Premiers éléments d'archéologie industrielle sur le territoire de la communauté urbaine Le Creusot-Monceau”.



Goff, quien rescata algunos elementos esenciales en la vida material del Occidente medieval: un progreso técnico más cuantitativo que cualitativo, en que la energía animal y la energía hidráulica, alivian a la energía humana, la cual, sin embargo, sigue siendo fundamental; la posesión de las cinco “cadenas cinemáticas” (nivel técnico) –tornillo sin fin, rueda, leva, lastre, polea– a las cuales el Medioevo añade la manivela; un mundo de madera donde a la vez se valoriza el trabajo de la piedra y del hierro, pero que destruye sus reservas al desbrozar los terrenos; una agricultura que sigue siendo en parte nómada (barbecho, desbrozamiento temporal) y que no agregó nada al capital de las plantas alimentarias; un universo del hambre donde la humanidad sigue siendo totalmente vulnerable ante las catástrofes naturales y las epidemias...

Pero esos rasgos dominantes de la cultura material, Jacques Le Goff no los propone sin unirlos a las actitudes mentales (el horror a las novedades), a fenómenos demográficos, a estructuras socioeconómicas. Aun a la historia de la cultura material le resulta difícil hallar sus ritmos en ella misma. Para organizarse, la multitud de pequeños hechos que la constituyen necesitan tomar prestado de otro lugar los elementos que puedan estructurarla.

Ni siquiera parece que la historia de la cultura material haya constituido su proyecto. Caradini recuerda que, para Marx, los vestigios de los medios de trabajo –vale decir, más o menos, la cultura material– poseen para el estudio de las formaciones sociales desaparecidas la misma importancia que la representada por los restos osteológicos para conocer la organización de especies animales extintas. He aquí una buena misión: reencontrar, a través de la cultura material, las





relaciones sociales y los modos de producción de las sociedades del pasado.

Pero la comparación con los progresos de la paleontología parece más seductora que pertinente. Aparentemente, la cultura material no ha encontrado aún a su Cuvier. Aun si los arqueólogos de los países socialistas se han esforzado por responder a las expectativas marxistas, su aporte a la historia del origen de los Estados parece más evidente que su contribución a la historia de la organización social. Ello no impide que sean muy demandadas las relaciones a veces establecidas entre el feudalismo y tal o cual descubrimiento concreto, como el hecho de que las vastas fortificaciones polacas se hayan construido de una vez por una mano de obra numerosa repartida en equipos; o como el empobrecimiento cualitativo de los vestigios alimentarios en tal barrio de Gdansk, interpretado como prueba de la sujeción de sus habitantes a una aristocracia. Por lo demás, el análisis no iría muy lejos; su conclusión, el feudalismo, estaba sin duda presupuesto.

Otros, como ya vimos, le atribuirían con gusto a la historia de la cultura material una misión más elevada todavía: no sólo dar testimonio del cambio socioeconómico, sino dar cuenta de él; tal es el caso de la escuela antropológica americana. Pero interpretar en este sentido las relaciones entre el hecho técnico y el hecho económico o social resulta primero un problema de ideología. La interpretación inversa es tan aceptable como ésta.

### **La cultura material vuelve a situar al hombre en primer plano**

Entonces, ¿la historia de la cultura material está condenada a no ser más que una “retórica de la curiosidad”? Quizá,



mas no por ello resultará menos necesaria, pues significa el interés de volver a introducir al hombre en la historia, por la vía de la vida material, ¿Puede la historia satisfacerse con descubrir la dinámica de las relaciones sociales y descubrir los engranajes económicos? Parecería bien legítimo intentar aprehender la condición material de los hombres envueltos en tales relaciones y capturados por esos engranajes. No formaba parte del proyecto de la historia económica y social olvidar al hombre, todo lo contrario; mas, sea por la falta de documentos, sea que se ha dejado absorber por el juego de los mecanismos, por la búsqueda de leyes y estructuras, el resultado es que ha cedido a la tentación de la abstracción. La misma historia rural ha desdeñado frecuentemente al poblado y sus habitantes, dedicando todo su cuidado al estudio de los dominios, de las ganancias señoriales, de la producción de cereales y de vino.

A fuerza de estudiar el precio de los granos, a veces se ha olvidado a quienes los consumían, incluso si se admite que la historia es la de una larga explotación del hombre por el hombre, ¿no importa saber lo que esto significa concretamente para el explotado? Pues esto es lo que aporta la historia de la cultura material: las condiciones de trabajo, las condiciones de vida o el margen entre las necesidades y su satisfacción. Y como ella constituye la historia de los grandes números y de la mayoría de los hombres, es al explotado en primer lugar a quien sitúa ante el proscenio.

